

DIANA MARTÍN

Serafina

y el Ardid Insondable



DIANA MARTÍN

Serafina

y el Ardid Insondable

Lupita,

Gracias por haberme traído a este mundo,
por los cuadernos de hojas blancas,
por enseñarme a tener ojo para la belleza
y a prestar neurótica atención a los detalles.
Gracias por tu rico humor negro, por todo el amor
envuelto en llamadas, abrazos, libros extraordinarios,
palabras certeras, acompañamientos.
Este año también me enseñaste cómo partir,
gracias a ti he empezado a comprender los finales.

Este libro es para ti.

Antiextincionismo.

Corriente filosófica que considera la conservación de todo aquello al borde de la no existencia como la cuestión fundamental en el ser.

Era la única hija de sus padres. La estirpe aristocrática que por generaciones habitó la mansión más grande del Callejón de las Agujas en El Lado Equivocado de la Ciudad parecía acercarse al ocaso definitivo con su última sucesora.

Se llamaba Gilda. De adulta llegaría a ser conocida como la Preservadora a Toda Costa o La Antiextincionista del Callejón de las Agujas. Aquello al borde de la no existencia siempre tuvo un lugar especial en su corazón.

De niña adoraba corretear por las múltiples habitaciones del caserón, tan lleno de espacios muertos como su árbol genealógico. Los criados dejaban mullidos cojines en las estancias abandonadas para que Gilda se tumbara en ellos mientras escudriñaba los techos repletos de magníficas pinturas que lentamente se veían abajo, descascarándose por el deterioro.

Luciana conocía a Gilda desde hacía años. Cuando niñas, compartieron su primer beso bajo los frescos del salón de baile. Era uno más de los espacios largos y amplios que permanecían en penumbra por la falta de uso. Los altos ventanales estaban cubiertos por pesados cortinajes cargados de polvo que impedían la entrada de la más mínima luz. Las dos niñas amaban entrar ahí iluminadas con candiles de mano.

Esa tarde, Luciana percibió por primera vez el perfume que la madre de Gilda solía ponerle detrás de las orejas. El aroma de su amiga se mezcló con el de la cera de las velas. No podía dejar de



ver el perfil de Gilda, quien por su parte no apartaba la vista de los frescos del cielo raso.

—¿Ya viste eso? —Gilda entrecerró los ojos. Levantó el candil.
—¿A ti qué te parecen? Son como caballos con cuernos.

Luciana se apresuró a mirar al techo, deseosa de complacerla, y pudo ver esos bellos animales míticos retozando sobre el fondo liso, la definición de lo etéreo y la levedad.

—Unicornios, así les llaman. Los vi en un libro —le respondió. Gilda bajó la mirada. Luciana dejó la vela en el piso rojo y la besó. La miró a los ojos—. En este mundo sí existen.

Pasó el tiempo, y lo que empezó como una curiosidad infantil creció hasta convertirse en una verdadera pasión. Al llegar a la adolescencia aún no habían visto ninguno. Luciana sabía por qué, había investigado y lo que encontró la apenó demasiado. No quería ver a Gilda entristecida, pero era incapaz de mentirle; además, tampoco podría guardarse lo que sabía por más tiempo. La encontró bajo el fresco del salón de baile. A la luz de un cirio a medio consumir, su amiga dibujaba unicornios en su viejo cuaderno de notas.

—Nunca han sido numerosos, leí que carecen del instinto procreador que domina a otras especies —soltó la nueva pieza de información sin resistir el impulso. Siempre había sido muy lógica y carecía del romanticismo que con frecuencia invadía a Gilda—. Entre eso y que la gente los caza por sus cuernos, no veo cómo puedan perdurar.

Gilda detuvo el lápiz. Tuvo un escalofrío. Lo que decía Luciana tenía sentido: como los unicornios estaban desapareciendo, seguro eran poquísimos. Nunca en su vida había visto uno y nadie, ni la misma Luciana, podía asegurarle que aún caminaran en la tierra.

—¿Quién te dijo eso?

—No te había dicho pero desde hace meses que investigo: buscando gente, leyendo libros...



Diary of a Madman
Ene 16

La cara de recelo que puso Gilda hizo que Luciana recitara los nombres de todos los estudiosos, intelectuales y vitalistas a los que había consultado en los últimos meses, los títulos de los registros y crónicas que había devorado, todo en la espera de encontrar buenas noticias. Tomó aire y continuó:

—Poquísimos de ellos los han visto, otros dudan incluso de su existencia dado que no han experimentado ni un solo avistamiento; dicen que se han replegado en lo más profundo de los bosques y en los casquetes del mundo. Ni siquiera los conservacionistas más entusiastas auguran que les quede mucho tiempo. De verdad... quisiera haber dado con algo diferente. —Luciana bajó los ojos. Su largo cabello negro le se le escurrió por los hombros abatidos, enmarcándole el rostro pálido.

Gilda soltó un largo suspiro, su lápiz rodó sobre la duela. La verdad es que aborrecía los finales, bajo la forma que fueran: el ocaso de relaciones, esa hora en las tertulias cuando los invitados comienzan a retirarse, la fiesta de año nuevo le producía una nostalgia indecible, igual los atardeceres y el último bocado de ese plato que tanto le gustaba. Intentaba prolongar todo, desde los orgasmos hasta los viajes, las borracheras y las conversaciones profundas. Y, por supuesto, no le hacía ninguna gracia la muerte, el final definitivo. Estaba convencida de que sería una moribunda terrible. La resignación no se le dio nunca. Gilda solía más bien ser demolida por la inevitabilidad de los desenlaces.

—Detesto que las cosas terminen. ¿Porqué es tan grosera la muerte?

Luciana, que siempre tenía una respuesta, no dijo nada.

Transcurrieron años, las dos abordaron el tema de la extinción desde puntos muy distintos. Ninguna fue indiferente. Al final, ambas lograron avistar unicornios; consiguieron tocarlos varias veces, incluso después de dejar de ser vírgenes, desmintiendo esa parte de la leyenda: a los unicornios solo los pueden acariciar las doncellas. De esto último, Luciana tuvo confirmación cuando conoció a un unicornio que se dejaba acariciar y alimentar por una ancianita

con cuarenta nietos. Rápidamente le envió una carta a Gilda para comunicárselo, estaba segura que su amiga seguiría célibe:

Querida:

He hecho un gran descubrimiento. Te escribo desde una región muy septentrional, aquí el aire sopla frío por meses y a veces cae una nieve pertinaz y densa que me dificulta mucho ver cualquier unicornio pues se confunden con el paisaje blanco.

¿Recuerdas cuando creíamos que tendríamos que permanecer doncellas virtuosas y castas para alguna vez estar cerca de uno? ¿Recuerdas tantas tácticas que nos inventamos para mantener intacto el umbral? ¿Recuerdas las angustias que pasamos tantas veces creyendo que seríamos indignas? ¿Recuerdas que una vez incluso nos encolerizamos con este animal fabuloso, creyendo que por algo tan nimio le resultaríamos repulsivas?

De todo esto, nunca encontré evidencia que me confirmara lo contrario, todas las fuentes afirmaban que la pureza corporal era algo imperativo. Los dibujos siempre mostraban mujeres llevando unicornios atados con hilos casi invisibles de tan delicados, el texto rezaba que lo que mantenía al unicornio dócil era la fuerza de la castidad de la joven.

Pues no es verdad. En medio de una ventisca me dió asilo una anciana centenaria que periódicamente alimenta a un unicornio que la visita desde que ella era niña. La amable abuelita es viuda, tiene decenas de nietos y dudo que haya concebido a sus hijos por arte de magia. Cuando le mencioné esta creencia que sostenemos en el sur, se carcajeó con una risa tan gozosa, que hasta un unicornio asomó su delicada cabeza por la ventana.

Así que ya lo sabes. Ama sin restricciones que mi amor siempre está contigo.

Luciana.

Gilda respondió enseguida:

Luciana, cariño:

Gracias por compartir tu descubrimiento. El asunto de la virginidad había sido enojoso para ambas por mucho tiempo y ahora tenemos paz.

Extraño tu compañía y es curioso, pero cuando no estás aquí me doy cuenta de que no sabía que he sido feliz. He descubierto la felicidad contrastándola con estos tiempos.

Estoy decidida a reproducir a los unicornios, repoblar el mundo. Si se han rescatado especies al borde de la extinción como las gadusas de las profundidades o los almadrinos del desierto, ¿por qué no nuestros unicornios?

Besos, Gilda.

Al leer, Luciana se llevó una mano a la cara en desaliento. A pesar de todos sus años de explorar y observar, nunca había presenciado un apareamiento. No pudo contestarle a su amiga con palabras alentadoras. Seguía convencida de que la debacle era inevitable. Fue esa noche, en la cabaña de la abuela, cuando se le ocurrió una solución. A la luz de aquella idea, el poquito calor del té que se había bebido con la anciana, se le heló en las entrañas.

Empezó a cortar cuernos.

Los cercenaba cuando las bestias se encontraban sumidas en el hondo sueño propio de la especie, tan parecido a la muerte. Los acechaba, contenía la respiración como si se dispusiera a bucear en aguas hondas. Acunaba las cabezas blancas en su regazo, mientras lentamente serraba el cuerno y canturreaba una especie de arrullo. Cortar uno le tomaba toda la noche.

Cargaba los cuernos en una bolsa que llevaba al hombro. Arrebatarlos nunca le fue sencillo ni gozoso, aunque le constara que después los unicornios tuvieran vidas más largas.

De lo que estaba haciendo nunca le escribió a Gilda.





Mientras tanto, Gilda tuvo un corto idilio con un cíclope nari-
zón de gran elegancia y porte que al andar renqueaba un poco,
porque en su juventud una potrada de encolerizados unicornios
salvajes le pasó por encima. Esa anécdota hizo que ganara la
atención definitiva de Gilda, quien lo miró distinto desde que se
la contó.

—No tenía idea de que estaban ahí, ni siquiera sabía que exis-
tían esos condenados animales, creí que eran material de cuentos
y leyendas. Pisé un palo y de repente salieron en estampida, me
quebraron en tres pedazos la tibia derecha.

Gilda no reprimió lo que sintió al escuchar eso. Soltó un jadeo
entrecortado que el cíclope interpretó como compasión.

—Seguro tu hueso crujió igual que la rama que los asustó
—dijo con ojos brillantes.

—Mucho más, nunca había sentido un dolor semejante —con-
tinuó complacido.

Al cíclope le alegró que su anécdota no fuera una mentira. Gil-
da jamás dudó, y él no tenía suficiente imaginación para inventar
semejante cosa.

Pero su relación terminó. Gilda no lograba apartar de su mente
el enojoso asunto de la extinción como para comprometerse. Lu-
chó para encontrar amor que ofrecerle a su cíclope, pero al final
no pudo enamorarse, ya fuera porque la desaparición de los uni-
cornios la consumía o porque era un ser demasiado ensimismado
para compartirse.

Dejó de hablarle, lo cual le representó, para incredulidad del
destrozado cíclope, un esfuerzo titánico.

Al poco tiempo del rompimiento, Gilda se enteró de lo que ha-
cía Luciana. Habían pasado años, en el transcurso de los cuales
llenó una cómoda de doce cajones con sus cartas. Ese día su ami-
ga tocó a su puerta. Ahí en el umbral, lo primero fueron los besos
y abrazos emocionados, luego la sorpresa ante las sutiles sombras
de la edad que cada una veía en el rostro de la otra.

—¿Qué traes en tu bolsa? Suena como a campanas de viento.
—Gilda estiró el cuello intentando ver.

Luciana había ladeado inconscientemente la cadera y su bolsa no se alcanzaba a ver bien, pero el tintineo de los cuernos era demasiado sonoro y vibrante, como el de un triángulo. Aunque decidió no ocultar lo que había hecho todo ese tiempo, empezando por el unicornio de la anciana en el norte, toda ella se estremeció al anticipar el espanto que sentiría su amiga.

—Tienes que contarme todo acerca de tus viajes... —Gilda vio los cuernos y entendió enseguida. Se llevó las manos a la boca y los imaginó perdiendo la razón, corriendo desbocados en una niebla de confusión, despeñándose tal vez por algún precipicio. Amputados, tullidos, babeando incluso.

—¡Me horroriza lo que has hecho! —Gilda únicamente se andaba con rodeos en asuntos que tuvieran que ver con finales.

Entendió enseguida la razón por la que Luciana había procedido de tal manera, la conocía bien, aún así le pareció imperdonable.

—¿Qué caso tiene preservarlos quitándoles el cuerno? ¿Dónde queda la belleza? ¡Pensé que lo sabrías!

—¿Sin cuernos ya no son unicornios, entonces?

—¡No, ya no lo son! —Gilda estaba encolerizada, con la emoción se había pasado los dedos por el cabello, sus cuidados mechones ondulados lucían desgredados.

—Sé que no es lo mejor, pero esos unicornios ahora están a salvo de los cazadores. Ya nadie los perseguirá... —se justificaba Luciana. Gilda no era la primera persona en reprocharle su proceder.

Gilda la cortó en seco.

—Calla y ven, tengo algo maravilloso que mostrarte —dijo.

A Luciana le llegó el turno de horrorizarse cuando vio a la pareja de unicornios que Gilda mantenía en cautiverio en el inmenso salón de baile, bajo el fresco donde hace años había empezado aquello. Había visto rostros de unicornios recién amputados más felices que los de esos dos. Incluso, a veces había intuido una especie de agradecimiento en algunos, una suerte de alivio por verse librados de esa carga que era el cuerno, objeto de codicia asesina en el mundo. Aunque, quién sabe, tal vez solo estaba







engañándose a sí misma. Sacudió la cabeza. La presencia de Gilda le revolvía los pensamientos.

—Apenas se logró la captura del macho ayer. Me ha llevado años atrapar a estos dos —dijo Gilda con una sonrisa febril, mientras trataba en vano de volverse a acomodar el cabello.

—No va a funcionar. Nunca presencié un apareamiento en libertad. Dudo que sean fecundos en cautiverio —sentenció Luciana, incapaz de guardarse lo que sabía.

—Cállate. Tú siempre de agorera de lo peor.

A Gilda le afectaban profundamente las opiniones de Luciana aunque en el exterior mantuviera una cara impasible. El veredicto de su amiga proyectó una sombra en su corazón durante todo el experimento. Luciana siempre tenía razón.

«Por favor, que esté equivocada, por favorporfavorporfavor...», pensaba Gilda.

Pero, en efecto, no funcionó. Gilda tuvo que tragarse su necio intento por reproducir unicornios en cautiverio. La monta sucedió una y otra vez sobre el suelo tapizado de rojo, sin embargo, la hembra nunca resultaba preñada. La prueba se llevó a cabo durante semanas, pero la hembra se resistía con todas sus fuerzas a la cópula. Gilda, con una terquedad pasmosa, mandó encadenarles dos patas al suelo. Tenía que funcionar.

Nada.

Al final, el macho perdió el poco ímpetu que tenía de aparearse.

Al parecer no era tan sencillo traer nuevos unicornios al mundo, al menos era mucho más difícil que con las gadusas o los almadrinos. Gilda se descubrió incapaz de mirar a los unicornios a los ojos. Una profunda vergüenza, que se sentía como si sus huesos pesaran lo que pesa el mundo, la hizo bajar la cabeza. Al prestar verdadera atención al sonido de los cascos arrastrándose sobre la duela y el rumor de las cadenas, supo que había ido demasiado lejos. Quiso pedirles perdón por el dolor que les había causado, acariciarlos y dejarlos ir, aceptar las cosas como estaban y derramar lágrimas sobre las crines sedosas, pero no pudo. Prefirió encerrar ese temblor dentro de ella.

—Está bien —reconoció desconsolada, roja de frustración, mirando los ojos llorosos de Luciana—. Los liberaré, pero ni creas que voy a dejar que les cortes el cuerno antes.

Luciana volvió al camino y al poco tiempo Gilda quedó encinta. Ya para ese entonces, la gente, encantada con los chismes y las murmuraciones, había esparcido por el mundo los rumores de lo que hacía esta mujer a quien se le conocía como La Antiextincionista del Callejón de las Agujas. Cuando Luciana se enteró del embarazo tuvo un terrible presentimiento, pero decidió que regresaría con Gilda cuando hubiera otro tipo de noticias.

Era un día especialmente nublado cuando Luciana los avistó por primera vez. Acababa de subir a una colina alta en medio de un pastizal verde, inmenso, casi sin horizonte. El viento corría raudo, azotándole implacable la larga cabellera, le ondulaba la falda y le pegaba al cuello la esponjada gorguera. El asombro la forzó a doblar las rodillas, los pastos altos rozándole los hombros.

Una larga fila de colosales criaturas hirsutas cruzaba el llano, sus movimientos eran lentos, terrenos, las patas como troncos de árboles se asentaban con tal firmeza en la tierra que daban la impresión de quedarse clavadas por una eternidad. Pero luego las volvían a levantar, una y otra vez, desafiando las leyes de la gravedad y la gracia, densos y leves al mismo tiempo. Y en medio de los rostros nobles de ojos pequeñitos se alzaba ese milagro: un cuerno grandioso, casi excesivo para sus rostros bondadosos. Las nubes desgarradas cruzaban el cielo gris, parecían ser arrastradas por las puntas de aquellas astas fabulosas.

No podían ser unicornios, ¿o sí? Eran tan opuestos, tan desiguales a los que, a costa de tanto agobio, les había prolongado su tiempo en el mundo. Además eran numerosos, prósperos.

Gilda tenía que saber.

* * *

Gilda pasaba el día con Vita, le gustaba mucho su compañía. Vita había sido su vecina desde poco antes de la adolescencia, vivía en la casa más pequeña de la calle y les tenía cariño a ella y a Luciana. Las encontraba interesantísimas por ser tan distintas a ella. No las veía mucho, pero cuando lo hacía la pasaban bien poniéndose al día. Vita nunca sucumbió a esa obsesión por los unicornios que tanto tiempo y vida le había cobrado a aquel par de locas. Conocía lo que se decía de su amiga, mas nunca abonó a los chismes y, cuando malintencionadamente le preguntaban por Gilda, siempre guardaba silencio. Tenía un novio demonio que la hacía pasar por unos bochornos de lo más deliciosos. Ella, a diferencia de Gilda, no le sacaba la vuelta a ningún tipo de final. Y a diferencia de Luciana, no amaría a alguien que no pudiera corresponderle igual. Entre más cerca avisoraba Vita su propia muerte aun en la lejanía, más placeres quería sumar.

—Quieres vivir fuera del tiempo, mujer, y eso no es posible. Mira nada más, ¿cuántas películas y novelas tienes sin terminar? —Vita se admiraba de la inconclusa colección de libros y cintas de Gilda, los volúmenes manoseados y gastadísimos hasta llegar a las últimas cinco páginas, las cuales lucían blancas, planchadas e impolutas, como cuando los compró.

—Puedo platicarte el final de todos estos —dijo mientras deslizaba un dedo por los lomos, a Vita le encantaba provocar a Gilda.

—No te atrevas, no quiero ni imaginármelos —Gilda caminaba afanosamente, como si su embarazo estuviera ya avanzado.

Vita no notaba todavía ningún asomo de barriga, dudaba que la gestación fuese real.

—Hay libros que comienzan por el final, ¿qué haces cuando te topas con uno de esos?

—Me indigno, por supuesto. La vida no es así, no empieza por el final.



* * *

Luciana volvió a aparecerse en el umbral de Gilda. Se veía sofocada y con la cara, normalmente pálida, sonrojada por el esfuerzo, la gorguera torcida y el pelo más alborotado de lo normal. Arrojó la bolsa llena de cuernos de unicornio en el vestíbulo, mientras tomaba a una desconcertada Gilda de la mano. Vita iba entrando a la galería y se quedó admirada al ver a Luciana, apreció en ella una vida, una esperanza que nunca antes había notado.

Los descartados cuernos espiralados rodaron por la duela con un suave tintineo.

—¡Gilda! ¡Tienes que acompañarme enseguida! ¡Los he hecho venir hasta acá! ¡Vita, tú también!

Las condujo hasta las afueras de la ciudad, corrieron contagiadas de su vehemencia, se apresuraron a través de los callejones, saltaron por encima de vertederos de basura, empujaron gente malhumorada por las calles adoquinadas, hasta que la ciudad cedió detrás de ellas y los edificios eran manchas deslavadas en la línea del horizonte. Gilda estaba absorta mirando de lejos El Lado Equivocado de la Ciudad cuando Luciana la urgió a observar hacia adelante.

Vio de frente al gentil coloso que se aproximaba con sus deliberados y suaves pasos. El formidable cuerno único estriado en medio de los ojos era un agravio para ella. Detrás de él había más, muchos más, igual de enormes y peludos. Un escalofrío la recorrió entera cuando les sostuvo la mirada.

Cuando Vita los vio, entendió por qué Luciana había llegado llena de esperanza. Tomó la mano de Gilda y quiso ponerla sobre el semblante benévolo para que sintiera su irrefutable materialidad, su presencia. Pero Gilda tensó el brazo, negándose. Toda ella era un no rotundo. Detrás suyo, de entre la hierba, surgieron tres delicados unicornios. Uno de ellos se inclinó humildemente, doblando una pata ante el gigante.

Para cuando volvieron al caserón ya era de noche.